

tienen un particular interés porque en ellas se perfecciona el encuentro entre la tendencia pragmatista y empirista de la filosofía anglo-sajona y la escuela de análisis lingüístico y lógico derivada del círculo de Viena. Se asignan a la teoría del lenguaje tres sectores de trabajo: El pragmático, que se refiere al estudio del comportamiento de aquel que usa los signos lingüísticos en relación con los propios signos y con lo designado; la semántica, que estudia las relaciones entre signo y designado, abstrayendo cualquier otro elemento, y la sintáctica, o estudio del modo según el cual los signos se combinan dentro de un lenguaje. El conjunto de estas investigaciones, constituye lo que Morris llama Semiótica. El análisis lingüístico no niega que intervengan elementos intuitivos en la estructura lingüística, se limita simplemente a considerarlos en cuanto formulados ya como estructura. De este modo lo que se considera en toda proposición es que tenga significado o que no lo tenga. El significado implica la verificabilidad del contenido. Así, las proposiciones significantes exigen toda una teoría del significado, y, de este modo, la investigación analítica del lenguaje lleva a una ontología. Pero esta ontología no puede salir de los límites impuestos por los propios símbolos lingüísticos, ya que el lenguaje es de suyo intrascendente, según la famosa expresión de Wittgenstein.—E. T. G.

SCHARFSTEIN (Ben-Ami): *Bergson and Merleau-Ponty: A preliminary comparison*, en «The Journal of Philosophy», vol. LII, núm. 14, 1955, págs. 380-386.

Entre los filósofos franceses de nuestro tiempo, no hay ninguno más vigoroso y sugerente que Maurice Merleau-Ponty. Sin querer, surge la comparación con Bergson. Tanto uno como otro propenden a hacer de la intuición órgano del conocimiento, y los dos están influenciados por la literatura alemana. Merleau-Ponty, por Hegel y Husserl, por no hablar de Marx. Tanto Bergson como Merleau-Ponty defienden el conocimiento intuitivo por creer que la experiencia primaria es inexpresable en conceptos, y que el modo más riguroso de expresarla está en aquellas formas que, como la metáfora, permiten un conocimiento inmediato de la realidad. Ahora bien, esto no

quiere decir que la filosofía se reduzca a poesía o estética, sino que parte del hecho de la intuición y de las formas más adecuadas de expresarla. Dada la intuición como punto de partida, es indiscutible que la percepción y lo percibido son necesarios en la misma modalidad existencial, y que no puede separarse la percepción del hecho de ser consciente de ella. Cada uno de nosotros es, pues, un mundo que, en cierta medida, a sí mismo se satisface, y sólo a sí mismo se comprende, estamos en el mundo, y este estar en el mundo tiene la peculiaridad de constituirse como ser en el mundo, es decir, como historia. Es, pues, el transcurrir del tiempo lo que me hace visible a mí mismo, como ente enmundanado. De esta manera, el mundo es la unidad primordial de nuestras experiencias, concretamente, de mi experiencia. Desde este punto de vista, es difícil negar la libertad, y en efecto, Merleau-Ponty sostiene nuestra libertad como una experiencia primaria; somos libres en cuanto somos. Nuestra libertad implica la capacidad de decidir sobre el mundo natural, pero no una especial versión hacia el idealismo; al contrario, ser libre quiere decir que espíritu y materia están en indestructible conexión. Una vez más surge inevitable la comparación con Bergson. También en Bergson el análisis de nuestras intuiciones primarias nos descubre como libres en el mundo. Hay en ambos filósofos una confusión del pensamiento racional y el pensamiento poético, que los hace en cierta medida peligrosos. Más se ve en ellos una satisfacción estética que una preocupación filosófica en el sentido tradicional.—E. T. G.

VARET (Gilbert): *Dialogue and Dialectic (A Review of the Conference Held in Athens, May 2-6 1955, Under the Auspices of the International Institute of Philosophy)*, en «The Journal of Philosophy», vol. LII, núm. 20, 1955, págs. 533-539.

El primer Congreso Internacional de filósofos reunido en Grecia habría, necesariamente, de tener como tema el de «Diálogo y dialéctica». Este era el sentimiento común de todos los reunidos en Atenas para concurrir al Congreso de Filosofía, pues si algo caracterizó en términos generales la metafísica griega, fué el diálogo y, en cierto modo, el proceso del diálogo a la dialéctica es el pro-

ceso de la historia de la filosofía en Occidente. Así, el tema central de la symposium fué el diálogo, y la discusión recayó sobre qué se podía legítimamente entender por diálogo. Así como el diálogo en cuanto proceso de comunicación a través del logos parece idea asequible y admitida, sin embargo, «dialéctica», tomada en el sentido general y no en el particular sentido de lo que uno u otro filósofo ha pensado como dialéctica, se rechazó por alguno de los concurrentes a la reunión, quienes se negaban a admitir la idea de una dialéctica en general. Algunos concurrentes reclamaron un esclarecimiento de lo que dialéctica fuera, fundándose en la brillante idea de que la dialéctica es necesaria para la libertad. En cierto sentido, la dialéctica puede implicar la conexión entre lógica e intuición, y de este modo constituirse en el modo general de entendimiento a través de las posibilidades de la razón. El diálogo se constituiría así en el instrumento de la dialéctica. El diálogo sería la expresión de la libertad intelectual y el modo más abierto y general de realizarse ésta. Dialogar sería entrar de lleno en la experiencia filosófica, y esta experiencia filosófica podría convertirse, dialogando, en dialéctica. El problema que alguno de los concurrentes planteó de cómo es posible la experiencia filosófica, vendría a resolverse por la consideración del diálogo como método especulativo y al mismo tiempo como modo de expresión de la actitud filosofante. No se trata sólo de retornar a Sócrates, sino, mejor, de mantener viva la herencia metafísica griega en el aspecto más lozano y susceptible de renovación.

De esta symposium se publicó un volumen que contiene los textos íntegros de las comunicaciones, cuyo volumen es el que se resume y comenta en este artículo.—E. T. G.

VON WEISS (A.): *Logischer Positivismus und Kybernetik im Blickfeld der bolschewistischen Kritik*, en «Zeitschrift für Philosophie und Theologia», Band 2, Heft 3, págs. 273-295.

La filosofía soviética ha fortalecido en los últimos tiempos sus posibilidades incorporándose las direcciones de la filosofía norteamericana, que se conoce en términos generales con la denominación de «positivismo lógico»; donde mejor se

ha visto esto ha sido en el último Congreso sobre Cibernética y Neo-positivismo. No obstante, en el seno de estas direcciones ha habido rectificaciones muy fuertes, orientadas por el deseo de evitar la caída de la filosofía soviética en un materialismo no dialéctico.

El positivismo lógico, llamado también neo-positivismo, es una derivación del pensamiento filosófico del círculo de Viena que ha encontrado su expresión más segura en Carnap. Actualmenté, el neo-positivismo sufre una crisis, pero las consecuencias generales de esta actitud siguen siendo válidas para amplios círculos intelectuales, sobre todo del mundo anglo-sajón. Carnap, concretamente, afirma que una gran parte de los problemas metafísicos no son sino pseudo-problemas, y en el fondo tienen como origen el desconocimiento de la sintaxis lógica del lenguaje. Partiendo de este punto de vista, la metafísica tradicional era toda ella un mundo de proposiciones sin más sentido que el sentido lingüístico. A su vez, una consecuencia necesaria es la de un cierto fisicalismo o, en otras palabras, la defensa de la verificación por la experiencia física de la realidad para poder cualificar a tal realidad de verdadera. Los matemáticos y, en general, los lógico-matemáticos, tienen la palabra en esta nueva dirección. De aquí que libros como el de Wiener, sobre la Cibernética, que en el fondo no es sino la aplicación de ciertos puntos de vista lógico-matemáticos al proceso de humanización de las máquinas, fuesen los más discutidos y sobre los que se dió la principal batalla. La Cibernética, según Wiener, ha de llegar a resolver los problemas de la teoría del conocimiento por reducción de los viejos problemas metafísicos a fórmulas matemáticas. No se oculta que en el horizonte de esta tendencia está el problema de la libertad y, por consiguiente, una problemática que afecta inmediata y directamente al concepto de la persona y a sus posibilidades. Junto, pues, a los investigadores rusos que, entusiasmados con la nueva tendencia, la asociaban a los experimentos de Paulov, se han dado actitudes de reacción en las que se defendía el mundo espiritual frente a la invasión del neo-positivismo cibernético. Los rusos, que orientaban sus ponencias en ese sentido, sostenían que la limitación del mundo lógico-matemático en su dominio de la naturaleza se expresaba precisamente en el ser humano, y negaban,